



Julio Albi
de la Cuesta

Espanoles que
forjaron un imperio

VIDAS INTRÉ PIDAS

VIDAS INTRÉPIDAS

VIDAS INTRÉPIDAS

ESPAÑÓLES QUE FORJARON
UN IMPERIO

Julio Albi de la Cuesta



Vidas intrépidas
Albi de la Cuesta, Julio
Vidas intrépidas / Albi de la Cuesta, Julio
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023 – 552 p., 16 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-4822-2023
ISBN: 978-84-124985-2-3
94(460) “16/17”
929:355.11

VIDAS INTRÉPIDAS

Espanoles que forjaron un imperio

Julio Albi de la Cuesta

© de esta edición:

Vidas intrépidas

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124985-2-3

D.L.: M-4822-2023

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Documentación gráfica: Àlex Claramunt Soto

Revisión del texto: Jaume Ferrer Moltó

Coordinación editorial: Javier Gómez Valero y Mónica Santos del Hierro

Primera edición: abril 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Prólogo del autor	VII
1 ALONSO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN EN EL CUZCO (1535-1538)	1
2 JULIÁN ROMERO EN SAN QUINTÍN (1557)	35
<i>Una reformatión</i>	<i>77</i>
3 ÁLVARO DE SANDE Y PEDRO BERMÚDEZ DE SANTISSO EN LOS GELVES (1560)	83
4 JUAN DE ARQUELLADA EN HAARLEM (1573-1574)	127
<i>Dos motines</i>	<i>178</i>
5 ANTONIO DE QUIROGA EN CHILE (1577-1578)	183
6 DIEGO SUÁREZ MONTAÑÉS EN ORÁN (1577-1604)	225
7 FRANCISCO DE CUÉLLAR EN LA EMPRESA DE INGLATERRA (1588-1589)	257
8 JUAN DEL ÁGUILA EN BRETAÑA (1590-1597)	299
9 DIEGO DE VILLALOBOS Y BENAVIDES EN AMIENS (1597)	337
<i>El sargento mayor, «un galán oficio»</i>	<i>379</i>

10	SOLDADOS DE NÁPOLES (1597-1627)	383
11	TIBURCIO DE REDÍN EN EL PIAMONTE Y EN EL CARIBE (1617-1637)	427
12	FÉLIX NIETO DE SILVA EN PORTUGAL Y EN ORÁN (¿1653?-1690)	453
	Apéndice I. <i>Sobrevivir en los tercios</i>	483
	Apéndice II. <i>Los sueldos de los tercios</i>	497
	Bibliografía	503
	Índice analítico	523

PRÓLOGO DEL AUTOR

Pelear, pelear, que no se puede alcanzar victoria sin pelear.
Dicho atribuido a Julián Romero

Sin dejar parte donde las cruces españolas no hayan sido conocidas.
Diego de Villalobos, 1612

La verdad y la fuerza de esta Monarquía es la infantería española.
Marqués de Villafranca, 1617

Si en *De Pavía a Rocroi* intenté aplicar el gran angular a los tercios, dando una visión panorámica de los mismos, ahora he buscado recurrir a la lupa, con el fin de examinar más de cerca el microcosmos que eran esas unidades.

El resultado ha sido, no es ninguna sorpresa, un caleidoscopio de múltiples facetas. Desfilan hombres de los más diferentes pelajes, nobles de ancestrales blasones, otros que creen serlo y plebeyos que no tienen qué comer. Sus trayectorias son, asimismo, dispares, algunos llegan a la cúspide militar, pero también los hay que nunca pasaron de soldados. Los temperamentos no son menos disímiles y van desde la soberbia emplumada a la más opaca oscuridad. Aparecen desertores fracasados, jaques, sacristanes frustrados, soldados natos y otros que solo sirven por la problemática paga. Muchos intervienen en cerrados combates, por mar y tierra, realizan desembarcos arriesgados, defienden o atacan plazas, pero al menos uno tendrá la monotonía como su

peor enemigo. Hay quienes se duelen de las crueldades de la guerra, pero no faltan los desalmados que matan casi con displicencia, «como verdugos», diría Pedro de la Puente. Algunos acaban su trayectoria en plenitud, pero otros lo hacen torturados por enfermedades o en la indigencia, y varios, sencillamente, desaparecen sin dejar rastro. Más de uno debe alguna vida, arrebatada por puntos de vidriosa honra, o por motivos apenas perceptibles, por simple guapeza, pero muchos desprenden dignidad, con independencia de sus orígenes.

Sería inútil, en todo caso, buscar aquí paladines de brillante armadura; solo se encuentran hombres, no todos recomendables. Alguno, incluso, se dejó el alma en un recoveco de la vida, que quizá ni recordaba ya.

Sus adversarios son variados, ingleses, franceses, holandeses, incas, turcos, berberiscos y araucanos, tanto como los escenarios en que se mueven, el Atlántico, Chile, Inglaterra, el Mediterráneo, Francia, México, Italia, Portugal, Berbería, Irlanda; fatigan los caminos de Europa o los vericuetos de los Andes; se bambolean en galeones; apuestan un botín a naipes grasientos y a dados trucados; se hacinan en galeras hediondas; gastan en perifollos lo que no tienen; naufragan; montan guardia en presidios perdidos; pelean en lupanares dudosos; se amotinan; roban a sus patronos; coronan brechas ensangrentadas; tienen, en general, complejas relaciones con las mujeres, que en ocasiones acaban en tragedia; disputan cubiertas resbaladizas; se baten en callejones sombríos o reman encadenados a bancos enemigos.

Hay, sin embargo, denominadores comunes: a ninguno, ni siquiera al más cuitado de ellos, les faltó el valor y todos transitaron sus vidas a un paso de la gloria y de la muerte.

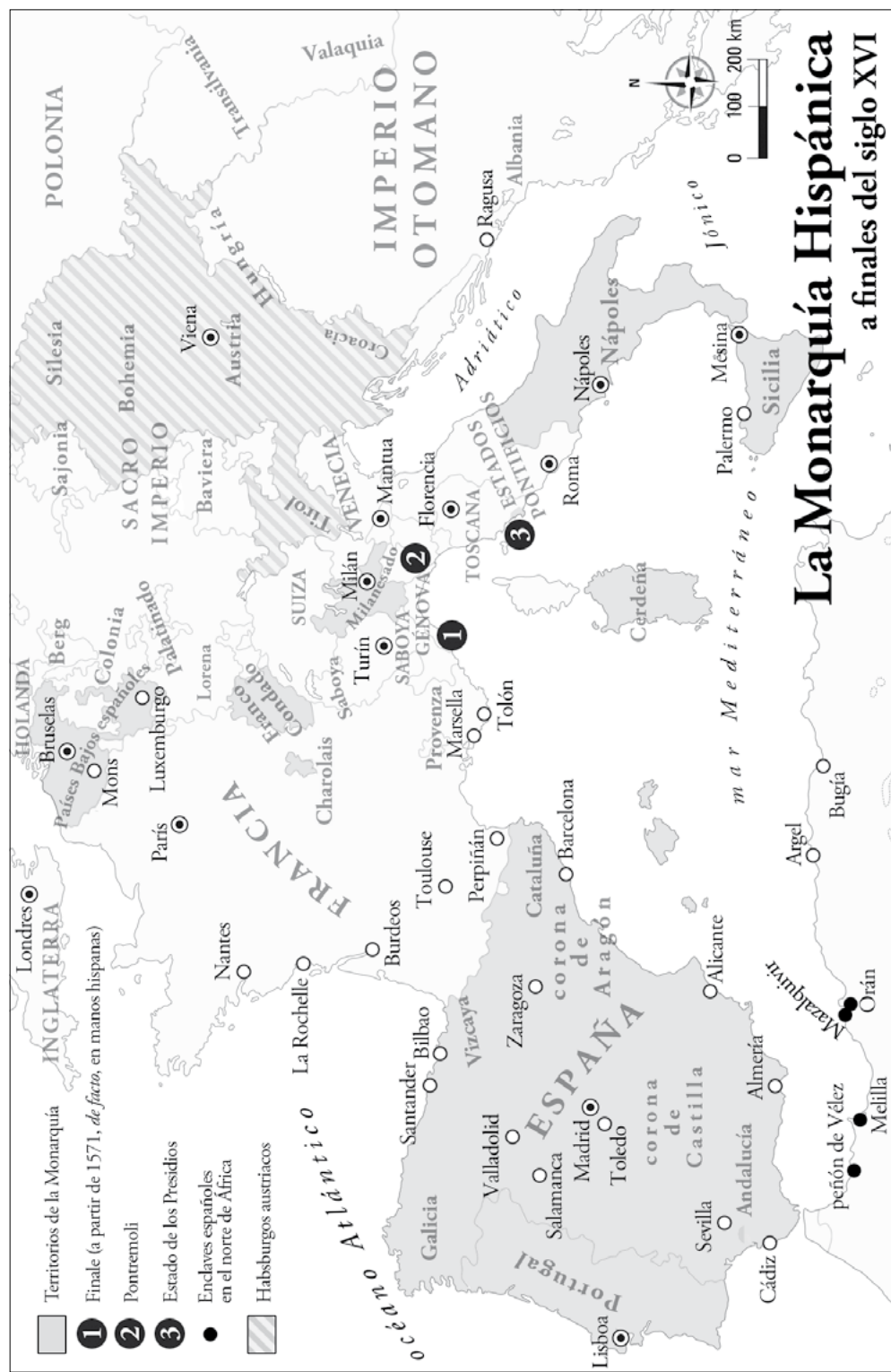
Sus biografías nos aparecen, con frecuencia, incompletas, desdibujadas, bien porque los escritos acaben bruscamente, bien porque hurtan detalles; alguno llega al extremo de describir en dos líneas su experiencia de Lepanto. Pero así deben ser, porque muchas terminan con un desprecio, como ser llamado «capitán de una compañía de tramoya», cuando se había mandado caballos corazas, o con una ingratitud. Supieron, en efecto, lo que era «verse sin premio ni remuneración alguna de sus trabajos, fatiga, pobreza, desnudez, calores, hambre, sed y derramamiento de sangre», pese a «tener señalada en los hombros» la pica, tras años de cargarla a cuestras, y de haber pasado otros tantos «en esta Corte, en la piscina de mis pretensiones», llevándolas de oficina en oficina, encerradas en un canuto de hojalata, junto con

manoseados memoriales y relaciones de servicios distinguidos, para presentarlas a tinterillos escépticos, vestidos de color de cuervo.

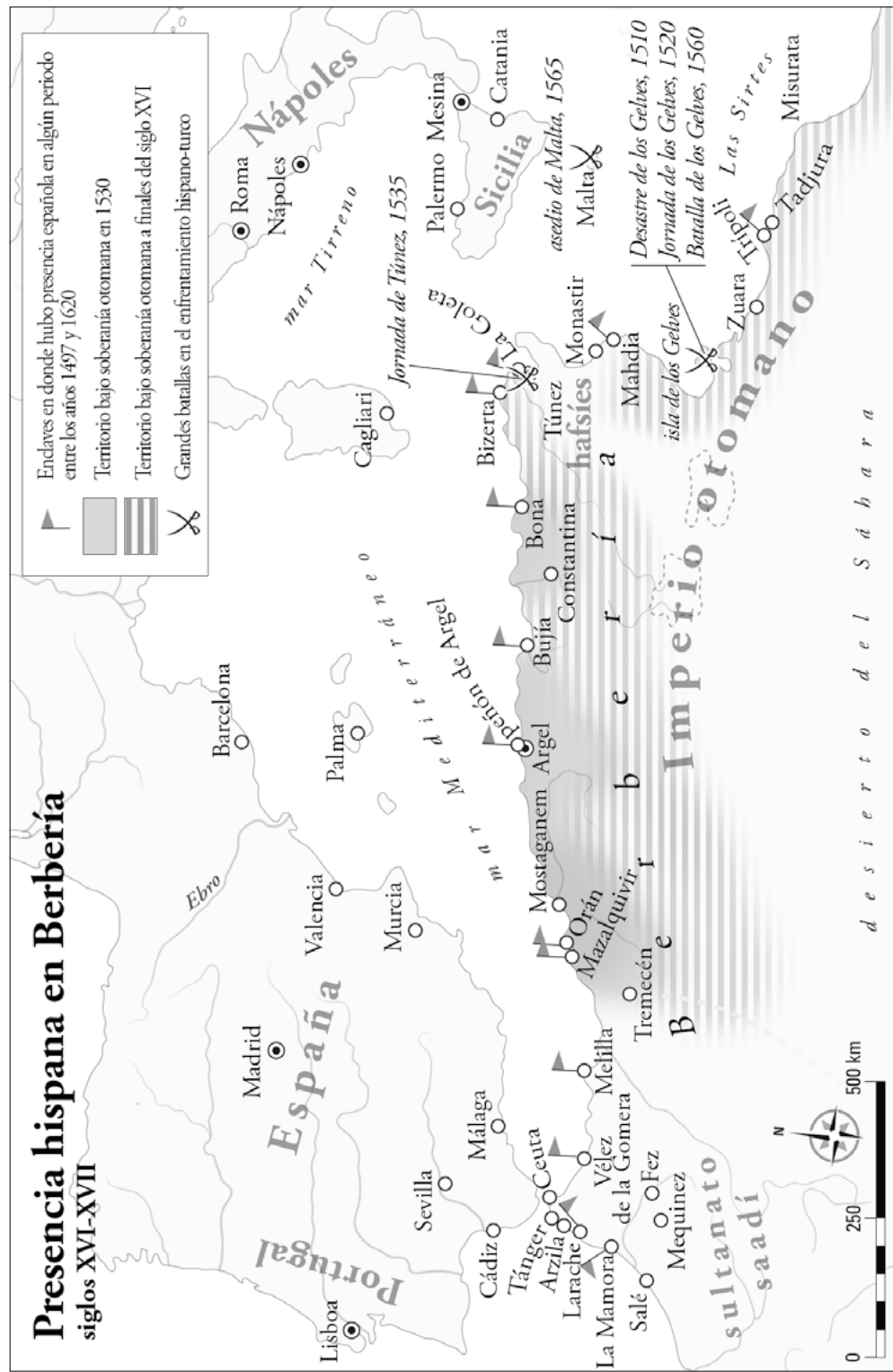
Tan humillante peregrinaje podía acabar con el soldado vendiendo para subsistir «el colete, las botas, la banda y todo lo demás», o empeñando «sus tristes y cortas alhajuelas», mientras esperaba una resolución favorable. Peor aún, lo sabía Aytona, también era posible que terminara arrastrando sus penas a «garitos y casas escandalosas» para sumirse en la degradación, o yendo «a la limosna de los conventos», a mendigar un pedazo de pan. Lamentable fin para los que habían alarmado con sus espadas a media Europa y al Gran Turco, pero esa era, también, parte de la vida del infante de los tercios.

El periodo tratado en el libro, 1535-1690 corresponde, esencialmente, a la era estelar de aquellos, pero no ha sido escogido con ese propósito. He procurado, siempre que ha sido posible, dejar a los protagonistas y a coetáneos suyos que contasen sus propias historias y, desde ese enfoque, se tropieza con la limitación que supone la modestia de muchos de aquellos militares. En contra de la reputación de *miles gloriosus*, que con frecuencia se atribuye a los integrantes de los tercios, entre los pocos que anotaron lo que vieron los hay como Antonio Vázquez, que, en tres volúmenes, apenas se menciona a sí mismo otras tantas veces, y siempre empleando la tercera persona del singular, para alejarse más de sus hechos. Lo mismo sucede, por limitar los ejemplos, con Carlos Coloma, en su famosa *Guerra de los Estados Bajos*. Claramente, pensaban, con razón, que el juego es más importante que los jugadores, pero tal actitud crea dificultades a la hora de elaborar un trabajo como este.

No obstante, situar la época dorada de los tercios durante gran parte del periodo que aquí se trata no supone olvidar los triunfos que les reservaban fechas posteriores, pasado ya el *annus mirabilis* de 1625, como, por solo mencionar algunos cosechados durante poco más de una década, Nördlingen, 1634, contra suecos; Kallo, en 1638, frente a holandeses; Honnecourt, en 1642, y Lérida, en 1646, ambos ante franceses. El muy relativo eclipse fue, en efecto, paulatino, casi solemne, como correspondía a poder tan grande, y en gran medida obedeció a la inopinada doble sublevación de 1640. Los tercios eran ya, desde muchos aspectos, otros, pero en ellos seguía latiendo, no lo ignoraban sus enemigos, el cierto perfume a bizzarria y a pólvora que espero que se desprenda de las páginas que siguen.



Presencia hispana en Berbería siglos XVI-XVII



1566

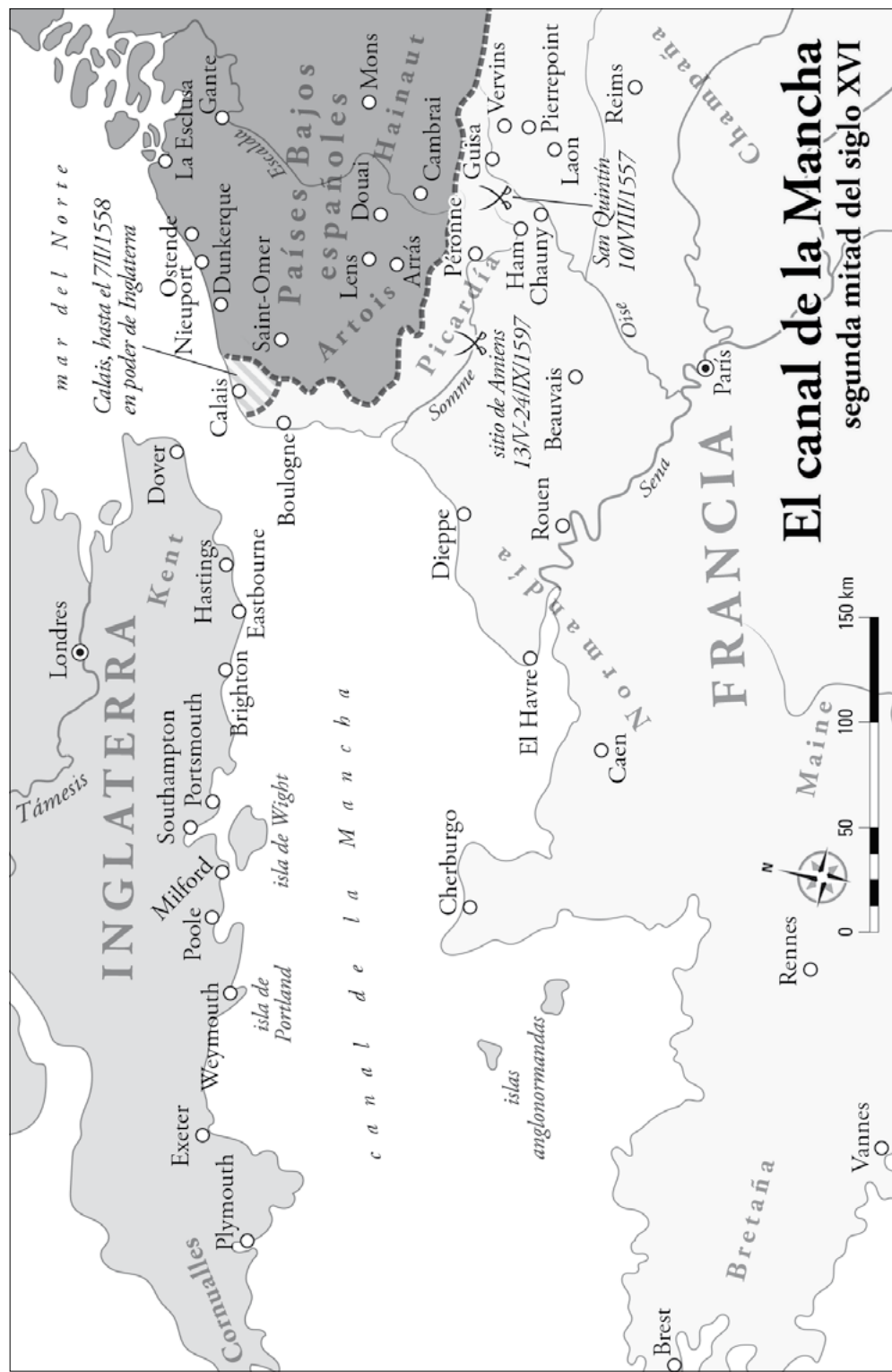




El sur de Italia

1550-1650





El canal de la Mancha

segunda mitad del siglo XVI

1

ALONSO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN EN EL CUZCO (1535-1538)

Pocos eran los vástagos de familias de prosapia que apostaron la vida en aventuras de conquista en las Indias, remotas, hostiles y malsanas. Uno de ellos fue Alonso Enríquez de Guzmán, que, con su conducta, demostró que la cuna no hace al caballero y que la sangre noble es compatible con la bajeza.

Nació en Sevilla, en 1499, «pobre de hacienda y rico de linaje», una circunstancia que marcó toda su vida. Aunque descendiente de los reyes de Castilla y de Portugal, su situación era tan precaria que, habiendo quedado huérfano de padre, su madre optó por casarle, cuando no había cumplido los 18 años, con una mujer con alguna fortuna, como forma de redorar ajados blasones.

Pero Enríquez era hombre ambicioso y de mal asiento —de hecho, en los siguientes veintiocho años, solo vivió seis con su esposa— y aspiraba a más. A los pocos meses, abandonó el hogar familiar, pero no con el honroso móvil de servir al rey y ganar méritos por su brazo, sino con el más cómodo de solicitar, y, a veces, exigir, de Carlos I la concesión de las prebendas a las que creía que tenía derecho por su alta cuna.

Se puso en camino hacia Barcelona, donde estaba entonces la Corte, con estilo: su pequeña comitiva incluía un caballo, una mula para uno de sus criados y una acémila que transportaba su cama. Llegado que fue, su apellido fue credencial suficiente para que le recibiera Francisco de los Cobos, el todopoderoso secretario del César, que, sin embargo, le advirtió de que «no penséis que con vuestro linaje solo habéis de alcanzar lo que pedís». Eran muchos los candidatos a mercedes y con más títulos a ellas. Preferible era que volviese a su casa, a esperar allí la magnanimidad del emperador.

No hizo caso y se quedó en la Ciudad Condal, gastando más de lo que tenía, hasta que, despedidos los criados y vendidos los animales, quedó «en calzas y jubón». Únicamente le quedaba una salida: «tomar una pica e irme a la guerra». Así desfiló camino del puerto, pasando delante de algunos parientes, a los que se les saltaron las lágrimas al verle en tal tesitura, una reacción que parece indicar que entonces no había arraigado la costumbre, luego tan extendida, de que personas de noble origen iniciaran sus carreras militares «arrastrando una pica», como se diría con orgullo.

El enrolamiento en Barcelona debió de ser apresurado y sin muchas formalidades, ya que cuando llegó a Sicilia, y pretendió sentar plaza oficialmente en una compañía, fue rechazado, «por su poca edad y flaqueza». Solo en tierras italianas, y sin paga, vivió de pedir limosna, hasta que tuvo la suerte de tropezar con un poderoso amigo de su padre, que le consiguió el mando de una compañía de infantería, nombramiento que, con los años, se haría cada vez más raro para personas carentes de experiencia, como era el caso de don Alonso.

«¡OH, PATRIA LAGRIMOSA!»

En calidad de flamante capitán, participó, en 1520, en la campaña de los Gelves, como los españoles llamaban a Djerba, en las costas de Túnez, famoso nido de corsarios. Esta «isla, pequeña, rasa y arenosa, tan próxima al continente que se comunicaba con él por un puente», despertaba aciagos recuerdos. En efecto, diez años antes, el célebre Pedro Navarro había intentado conquistarla, para coronar su cadena de triunfos previos en el peñón de Vélez, Orán y Bugía. Empezó la empresa junto con García de Toledo, mayorazgo del II duque de Alba y padre del que sería conocido como Gran Duque del mismo título, que por entonces tenía tres años.

A fines de agosto –los autores discrepan sobre la fecha exacta– desembarcaron con un poderoso contingente de quince mil hombres, articulados en siete u once escuadrones, según las distintas fuentes.

Aunque los soldados, al enterarse de la expedición «hicieron alegrías» ante las perspectivas de botín, todo fue mal desde un principio. Debido a los bancos de arena, los buques que los transportaban no pudieron acercarse a la playa, por lo que la tropa, cargada con las armas, tuvo que vadear durante más de una milla, «con gran trabajo y cansancio». Acaarreaba además consigo, «como acémilas» seis cañones, que tuvieron que arrastrar a brazo. No se desembarcaron, en cambio, ni víveres ni agua.

A ello se añadió, asegura Herrera, una «discordia» entre Navarro y Toledo. El primero, curtido veterano, «quería esperar la declinación del sol», antes de ponerse en movimiento, mientras que el segundo, bisoño, insistió en «sin dilatar algún espacio, asaltar a los moros», exigiendo, además, llevar la vanguardia. Triunfó la prosapia sobre la experiencia, y se hizo como Toledo quiso.

La marcha hacia el interior fue ardua. En palabras de Garcilaso, «el arena quemaba, el sol ardía». Enseguida empezaron a caer hombres asfixiados y, por la falta de agua, «no pocos perdieron el juicio, haciendo visajes y locuras peligrosas», pero los mandos a palos obligaban a seguir el avance. No se veía enemigo alguno, lo que aumentaba la angustia de la penosa caminata.

Por fin, la columna atravesó un palmeral y llegó a un olivar, donde había unos pozos. En un instante, las despeadas filas se disolvieron en una muchedumbre que corría en busca del ansiado líquido. Solo entonces surgieron los adversarios, en cifras que, según los cronistas, oscilan entre cuatro mil peones y doscientos caballos, y quinientos y setenta, respectivamente. El número da igual, pues estaban los soldados «con más codicia de beber que de pelear». Comenzó, pues, la matanza a mansalva; muchos escaparon como pudieron, pero hubo otros, afirma una fuente, que «quisieron más beber que huir», y allí quedaron.

Don García, «con coselete dorado, con brazales y celada», atónito ante el caos, se enfrentó con los moros mientras intentaba reagrupar a los despavoridos hombres. Luego, echó pie a tierra, y combatió pica en mano, «peleando no como caballero novel, sino como valiente capitán». Al fin, «peleando y matando moros», cayó «atravesado y roto de mil hierros», escribió el poeta. Y así, «el desdichado don García, sin ser sepultado, quedó tendido en aquellas arenas». Pero su padre no olvidó. Tras confirmar que había caído con honor, según Maltby «empezó a moldear al joven Fernando en un arma afilada contra los enemigos de la Cristiandad».

Navarro, por su lado, también intentó en vano poner cierto orden, gritando «¡Que moros son, y pocos!». Desde el bando contrario, un renegado vestido con capellán de grana, burlón, le remedió: «¿De qué huis, españoles?; no hayáis miedo, vuelta, que no son nada los moros».

Por suerte, los vencedores quizá temiendo una celada, o asombrados por el fácil triunfo no emprendieron una persecución, lo que mitigó la amplitud del desastre.

Cuando, ya de vuelta a bordo, se contó a los supervivientes, se constató que faltaban entre dos mil y cuatro mil –de nuevo, los autores

discrepan—. Unos quinientos cayeron prisioneros, y los muertos fueron «pocos a hierro, muchos por sed y ahogados». De forma tan desastrosa «pereció la flor de la gente española». «Oh, España, España, ¿dónde queda tu honra?», se preguntaron algunos.

Garcilaso lloró lo sucedido: «Oh, patria lagrimosa, cómo vuelves los ojos a los Gelves, suspirando». De forma no menos conmovedora, en las calles castellanas empezó a sonar una triste canción que decía: «Los Gelves, madre, malos son de tomare».

Justamente para vengar tamaña humillación se montó la expedición de 1520, en la que formó Alonso Enríquez. Estaba integrada por tres mil soldados viejos de Sicilia, diez mil infantes reclutados en España, quinientos alemanes, quinientos sesenta hombres de armas y trescientos veinte caballos ligeros. Poco antes de embarcar, los veteranos se amotinaron en Marsala por falta de pagas. Se «hizo morir a algunos», pero, «no pudiendo hacer otra cosa», hubo que transigir y entregar un ducado por plaza.

Mandaba el conjunto Hugo de Moncada, hechura del Gran Capitán y que ha sido descrito como «el más valiente capitán y soldado y de más y mayores partes», que «sabía mucho de la guerra».

Sin embargo, poco antes había tenido un enfrentamiento naval con corsarios procedentes de Djerba del que no salió bien parado, además de que cosechó un saetazo debajo del ojo. Es de suponer que mientras se le trató, recurrió a su procedimiento habitual: «cuando le curaban las heridas, tomaba entre los dientes un pañizuelo por no descubrir flaqueza ni fealdad en el semblante, aunque se suele hacer aquello por sufrimiento». No se pudo, sin embargo, extraer la punta, y llevaría a cabo la empresa de los Gelves con ella clavada en la cara.

Escarmentado por lo sucedido a Navarro, procedió con más cautela. Tras saltar a tierra la columna, mandó montar un campamento, rodeado por un foso, en el que los soldados pudieron descansar.

Al día siguiente, se puso en movimiento. Llevaba «gran manojo de plumas en el yelmo» y, sobre la armadura, ropas carmesíes, sembradas de cruces blancas; su montura iba encobertada de la misma guisa. La marcha se emprendió, dice Enríquez, «con gran deseo y confianza de los ganar, y fue lo que nos dañó». Pero, a medida que se prolongó, «comenzamos a desconcertarnos», esto es, a desmandarse, separándose los hombres de la formación, para coger higos o dátiles, o para saquear las miserables viviendas que encontraban.

En esto, continúa don Alonso, apareció «en un asno un morabito, que ellos dicen, como acá nosotros ermitaño», seguido por una nube de enemigos, que estima en la inverosímil cifra de treinta mil moros a

pie y treinta alárabes a caballo. Gaspar de Baeza, por su lado, afirma que «salió de unos palmares un alfaquí con un martillo en las manos, arrojando cédulas en que echaba grandes maldiciones a los nuestros». Dos capitanes fueron a por él, pero descalabró a uno de un martillazo. Al tiempo, surgieron «infinitos caballos moros».

Moncada, sin enmendarse, gritó: «¡Ea, señores, que de ruin a ruin, el que primero acomete, ese vence!», y, picando espuelas, cargó de frente, seguido por cuarenta jinetes y mil quinientos piqueros. Tras arrollar a los adversarios, se encoló en la persecución, acompañado de los pocos que pudieron seguir su paso. Pero, mientras, una masa de moros atacó por la izquierda al grueso de la columna, con «más pensamiento de morir que de matarnos, porque se nos metían por las picas con los brazos abiertos», sostiene Enríquez. Algo más que eso debió ser, porque Sandoval afirma que el ejército «estuvo muy cerca de ser desbaratado», y añade que italianos y españoles cedieron, y que «sustentólos el escuadrón de los alemanes hasta que se pusieron en orden». Parece que, en efecto, «faltó poco para repetirse la historia lastimosa de don García de Toledo», lo que don Alonso vela púdicamente.

Moncada volvió grupas al percatarse de lo que sucedía a sus espaldas. Aunque herido de un lanzazo en un hombro, consiguió reordenar a sus gentes, superando la crisis y quedando dueño del campo, en el que yacían seiscientas bajas españolas y unas mil cuatrocientas de sus contrarios.

Al día siguiente, el jeque de la isla se ofreció a prestar vasallaje al emperador, propuesta que fue acogida con alivio, dándose fin a la expedición.

Carlos I quedó agradecido a don Hugo por sus servicios, escribiéndole que «habéis bien mostrado quien sois y lo que vuestra persona vale» y que «hicisteis todo lo que en aquella sazón hacerse podía y debía». También le concedió una ayuda de costa de diez mil ducados, recalcando que era «muy poco para lo que vos merecéis», y rogándole «paciencia» porque recibiría «mayores mercedes», que en esos momentos no le podía hacer, entre otros motivos por los gastos de su coronación.

Cabe señalar, siguiendo a Quatrefages, que en el curso de esas operaciones la infantería española se presentó con una estructura que se puede considerar la directa precursora de los tercios. Las compañías, en número variable, se agrupaban en coronelías, si bien el jefe de estas era uno de los capitanes elegidos al efecto, sin que el de coronel fuese «un cargo militar diferenciado», aunque «los más prestigiosos solían conservar este título, sin reglas estrictas sobre el particular». Por otra parte, fue la toma de Orán, en 1509, «la primera vez que la infantería de ordenanza se alineaba en escuadrones».

No era, claro está, todavía una tropa «moderna», como prueba una carta de Hugo de Moncada al emperador, de abril de 1520, en la que alude a la recepción de «500 escopetas y 3000 picas». La referencia a las primeras, y no a arcabuces, y la proporción entre ambos tipos de armas indica el camino que faltaba por recorrer para llegar a los tercios.

Sin embargo, es muy significativo que el 27 de julio y desde Bruselas, Carlos I le ordenara que «la infantería de esa nuestra armada se entretenga y conserve». Dos días después, señalaba al virrey de Sicilia que «hemos acordado sostener la gente útil» de esa fuerza, que cifra en cuatro mil. El 16 de agosto, se vuelve a dirigir a Moncada para ratificar que «nuestra voluntad es de conservar y entretener la dicha infantería en número de 4000 infantes escogidos», pagando «un ducado por mes a cada uno y de comer». Su proyecto era que pasase a Cerdeña, «en alguna parte remota, donde ni los soldados [se] pudiesen ir, ni hacer mucho daño a la tierra». La idea era que «estando allí estarían hartos a la mano, así para las cosas de Italia como de España», es decir, como una fuerza estable de intervención.

IBIZA

De su lado, Enríquez, tras su experiencia africana, volvió a tierras italianas, para verse de nuevo, al término de la misma, impecune en Mesina. Resolvió la situación con desparpajo, haciéndose «rufián», es decir, proxeneta. Poco le duró su nueva vida, porque un antecesor, al que llama «el primer amado» de la mujer a la que explotaba, se presentó reclamando sus derechos. Enríquez dio la primera prueba de su conocida cobardía; por «haber miedo de morir», optó por negociar, cediendo a la odalisca por ocho ducados, y quitándose de en medio. «Desnudo de ropa y de dinero, pero vestido de presunción», algo muy propio de él, dio con sus huesos en Nápoles.

De nuevo, su nombre le sacó del mal paso. La ayuda de un protector le permitió viajar a Roma, bien vestido y alimentado. Allí, la de otro hizo posible que emprendiera camino a Alemania, siempre en pos del emperador y de su ambición. En Bolonia, tendría ocasión de mostrar uno de los pocos rasgos de decencia que figuran en su biografía. Un criado suyo cayó enfermo y, por atenderle, se gastó su hacienda. Cuando, al fin, murió, siguió viaje sin sirvientes, porque no podía pagarlos. Tan arruinado estaba, que en Colonia tuvo que recurrir de nuevo a la mendicidad, sin desdeñar el robo de comida en las tabernas, ni hacerse pasar por judío, para que en el gueto le alimentaran.

Era hombre de suerte, sin embargo, y también en la ciudad alemana encontró un favorecedor, un caballero andaluz, que, con sus hermanos, tanto trabajó por él que le consiguió un puesto de contino cerca de Carlos V, con un sueldo de cuarenta mil maravedís anuales.

No le duró mucho la prebenda. Una de las características más deplorables de don Alonso, y que nunca le abandonó, era su tendencia al vilipendio, a las pendencias y a crearse enemigos. Llevado por ella, ofendió a un caballero llamado don Francisco de Mendoza. El emperador, enterado del incidente, le ordenó que lo olvidara, pero como el propio Enríquez reconoce donosamente, «no era yo obligado a mantener palabra al rey, porque él no la mantiene a nadie». Hubo, pues, desafío, algo que, en la Corte, rayaba en la lesa majestad y pagó por ello con la pérdida de su puesto y cuatro años de destierro a Melilla.

Tras diversos avatares, que no son del caso, logró volver al favor real y acabó encontrándose en Ibiza, en 1523, en cabeza de quinientos hombres, que la pestilencia se encargó de reducir a ciento cincuenta, cincuenta escopeteros y el resto, piqueros.

Con ellos, hizo frente a la que, quizá, fue la más brillante ocasión de su vida, cuando de nueve fustas desembarcaron hasta quinientos turcos y moros, armados de escopetas. Hubo cierta vacilación en su disminuida tropa, pero la resolvió colgando de una higuera a un hombre que desertó. No era la primera vez que lo hacía; poco antes, en Mallorca, había deshecho un motín por falta de pagas ahorcando a su jefe. Como escribió al respecto, los soldados, «muchos juntos, tienen muchos antojos, que son hijos de muchas madres».

El choque con los atacantes estuvo rodeado de la apropiada pompa. El enemigo, vestido de jubones colorados, iba dirigido por un capitán «con una marlota grana, hasta el suelo, y una escopeta dorada, con una mecha encendida, soplándola». No parecía menos don Alonso, con calzas y jubón blancos, y dorado coselete, pica en mano, ocupando su lugar «en la hilera delantera, como es razón y suelen los capitanes».

Prudente, se hizo acompañar por su alférez, Morata el Tuerto, un veterano, que formó junto con él tras haber confiado su bandera a un hombre, que la llevaba en el centro del escuadrón.

Enríquez entabló duelo singular con el turco, pero con tan mala fortuna que este, con la escopeta, no solo desvió el golpe, sino que le desarmó. Por suerte, el Tuerto estaba a mano y de un picazo partió el corazón de su rival. El combate fue breve, porque los españoles se abalanzaron con sus picas contra los contrarios, mal equipados para el cuerpo a

cuerpo. Mataron unos cuarenta o sesenta y cogieron entre cuarenta y setenta prisioneros, a cambio de unas pérdidas propias que oscilaron entre diecisiete y treinta —Enríquez vacila a la hora de cifrar las bajas— y muchos heridos, incluido don Alonso, alcanzado, dice, diecisiete veces.

La intentona quedó así frustrada y el emperador, muy obligado a Enríquez, que casi no hace falta decirlo, aprovechó la oportunidad para reiterar la petición, que ya había formulado tres años antes, de un hábito de Santiago. Si entonces se había considerado merecedor de él, solo por su prosapia, ahora, tras la victoria, ese presunto derecho le parecía más evidente todavía.

Pero su temperamento no le consentía dejar pasar ocasión de perjudicarse a sí mismo. De vuelta en Sevilla, se enzarzó en una rivalidad, que duraría años, con la familia Tello. Nunca osado, reunió a siete amigos y «fuímosle a matar» a uno de sus miembros. La pelea tuvo lugar en la plaza de San Juan y acabó con don Alonso acogido a sagrado y, luego, preso y desterrado. Más tarde, lo comentó cínicamente con Carlos V, que se debió de burlar de su falta de arrestos: «fui con doce, y muy armados, que si yo quisiera que él me matara a mí, fuera solo y desarmado». Pervivía, no obstante, la aureola íbicenca, que, sumada al apoyo de Francisco de los Cobos, le valió ser designado gentilhombre del emperador, con un pingüe salario de noventa mil maravedís.

Tres años después, en 1527, obtuvo el ansiado ingreso en la Orden de Santiago.

Parecería que, con el porvenir asegurado, y saciada su ansia de honores, se daría por satisfecho, pero, una vez más, su mal carácter le traicionó. En 1529, por motivos que no se conocen, tuvo un altercado con el contador real, Martín Sánchez; «quise matar a él y a su hijo», proclama. El resultado inmediato fue ser desterrado de la Corte. No le ayudaría que, en torno a esas fechas, además, había «fundado enemistad» con el obispo de Osma, confesor del emperador.

Volvió, pues, mohíno a Sevilla, aunque no lo suficiente para evitar nuevas reyertas, que le valieron, en junio de 1534, la expulsión de la ciudad. España se le empezaba a quedar pequeña para albergar tanto ostracismo. Decidió, por ello, marchar a las Indias. Que hubiese una real cédula que se lo prohibía no le pareció obstáculo notable.

AMÉRICA

Como ya le sucedió cuando se lanzó al mundo recién casado, en esta oportunidad tampoco le arrastraban nobles afanes. Lo admite sin am-



Mapamundi del reino de las Indias, dibujo de la Nueva corónica y buen gobierno (1615) de F. Guamán Poma de Ayala, Det Kongelige Bibliotek, Copenhagen. Es un plano del virreinato de Perú que incorpora elementos españoles e incaicos.

bages: «codicia manda y ordena [...], mi intención era traer 4.000 o 40.000 ducados». Si conseguía la primera suma, ya tenía decidida su distribución, orientada a consolidar su patrimonio —para entonces, poseía cien mil maravedís de renta, varias casas y quinientas ovejas—. Pero si obtenía la segunda cantidad, como dice con sorna, cedería ante el aluvión de ducados: «será como ellos quieran, porque ante tanta multitud no quiero presumir de forzar y sojuzgar».

Salvando la prosapia, su caso era el de los muchos españoles que emprendieron la misma navegación, «a buscar de comer».

Era cierto, no obstante que, prosigue Enríquez, si bien había en aquellas tierras «infinita cantidad de oro, no cuesta barata, ni menos que la vida». De cien hombres que iban, ochenta la dejaban en la empresa; se añadía que, de los supervivientes, «no quedan tres ricos», llevando los demás vidas mediocres y precarias. Hacía falta ser de «hierro y acero» para sobrevivir al clima, las enfermedades y los indios.

Claro está que esa gente ruda, ansiosa de riquezas rápidas, acostumbrada a tutearse con la muerte, no se distinguía por cultivar los sentimientos más elevados; muy al contrario, fueron infinitos los crímenes que perpetraron. Los mejores cronistas, cabe decirlo en su honor, dejaron escandalizada constancia de ello.

La interdicción que sobre don Alonso pesaba le impidió embarcar en Sanlúcar de forma normal. En lugar de ello, alquiló una embarcación y, con cinco criados y tres mil ducados de capital, abordó a tres leguas del puerto una nao que se dirigía a América. El patrón se lo quiso impedir, pero «eché mano a mi espada, entré dentro y fue mi viaje». Era el 30 de septiembre de 1534.

Tras recalar en Canarias, donde compró una esclava cocinera, veinticinco días de «mar y mal, de sed y de hambre» le llevaron a Puerto Rico, de donde fue a Santo Domingo y, de allí, a Panamá. Atravesó el terrible istmo, asombrándose de los «muchos leones y tigres», «como mulas sin cuernos»; de las iguanas, del tamaño de gatos grandes; de los cerdos salvajes, «con el ombligo en el espinazo» y de los murciélagos, que chupaban la sangre hasta producir la muerte y, llegado al Pacífico, zarpó para Perú, acompañado por cuatro criados, dos esclavos, la esclava y tres caballos.

El 31 de marzo de 1535 estaba en tierra peruana. En la recién fundada Lima, con la mayoría de las casas todavía de tierra, «hechas de adobes pintados», le acogió espléndidamente Francisco Pizarro, al que describe como «un pobre hombre», pero allí «casi rey», lo que era también el caso de Almagro. Ambos «no saben leer, ni escribir, ni firmar», anotó.

Tras unos meses allí, en diciembre, emprendió viaje para Cuzco junto con quien fue uno de sus grandes enemigos, Hernando Pizarro, «la mejor lanza de cuantas al Nuevo Mundo han pasado», aunque «pesado a la jineta». «De condición muy soldadesca y áspera», estaba destinado a desempeñar un papel principalísimo en la tragedia que se avecinaba.

Juntos, entre desorbitadas sierras y barrancos vertiginosos, soporlando «un frío pintado al de Burgos, y aun al de Alemania», hicieron el largo camino, en el que, lo dice sin rubor, «era menester hurtar a los indios lo que habíamos de comer», a pesar de que había salido «bien abastecido de caballos y negros, y cosas necesarias para la honra y para el provecho». En uno de los lances, dejó la vida un esclavo suyo.

Cuzco

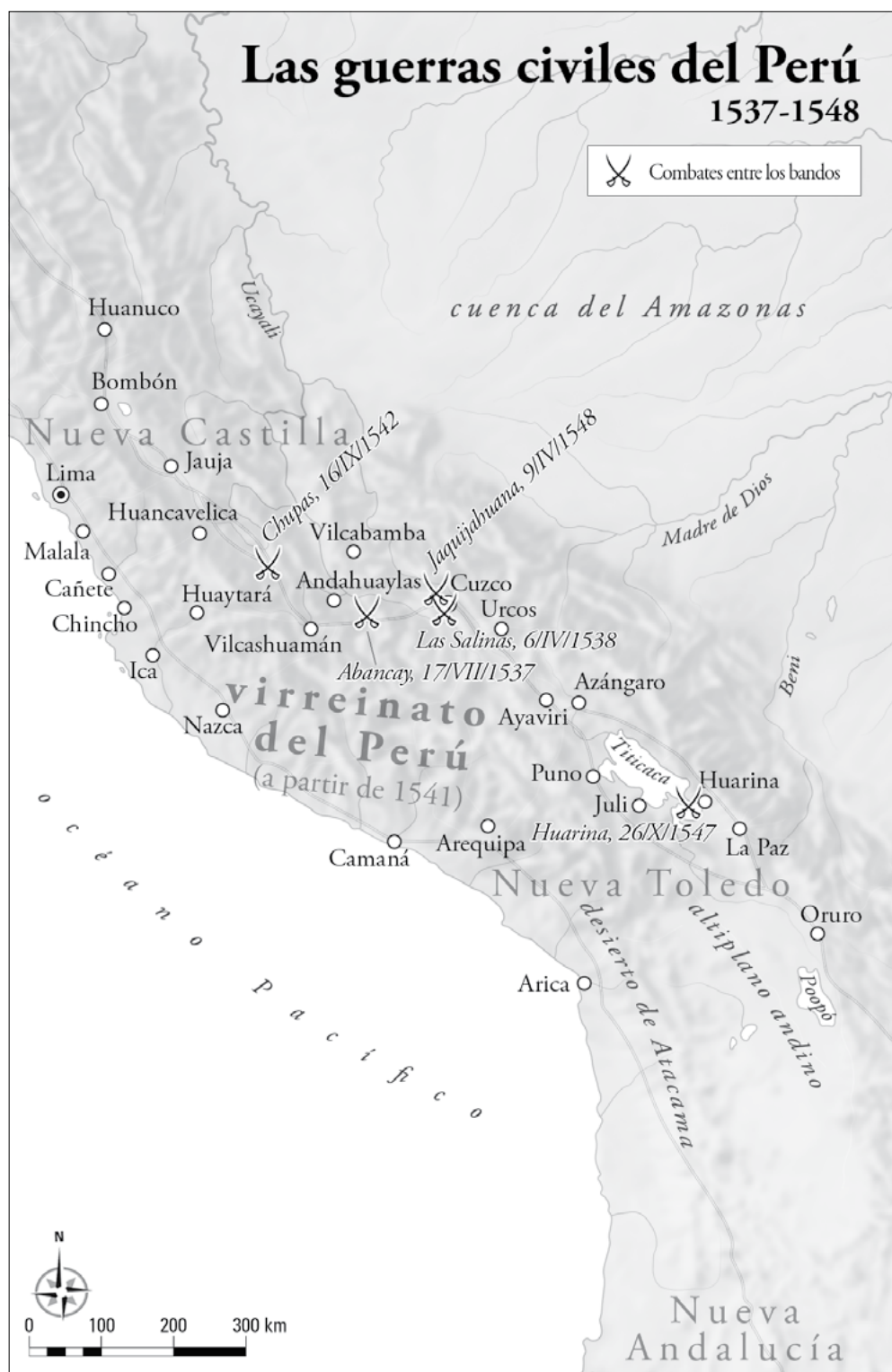
La imperial ciudad le impresionó, con sus «muy grandes y altas casas, todas de cantería muy fuerte, y hermosamente labradas», tan distintas a las de Lima.

Dispuso de poco tiempo para recrearse en ella, porque en abril de 1536 estalló un alzamiento indígena. Hay poca discusión acerca del motivo; lo provocaron «los malos tratamientos» de Hernando a Manco

Las guerras civiles del Perú

1537-1548

✂ Combates entre los bandos



Yupanqui, al que su hermano Francisco «había dado la borla» de Inca, por considerarlo maleable. En su afán ilimitado por acumular riquezas, lo señala Fernández de Oviedo, el extremeño le exigió «más oro de lo que podía dar, y si lo podía cumplir, no quería».

La sublevación tuvo como principal objetivo Cuzco y movilizó ingentes multitudes de indios, tanto de guerra como «de servicio», para tareas logísticas, en número imposible de fijar, pero que, sin duda, se contaba por decenas de miles.

Los españoles, por su parte, no pasaban de doscientos, «la mitad cojos y mancos, sin los cobardes». Los infantes, en su mayoría gente «flaca y ruin», de la que los indios «hacían muy poca cuenta», apenas superaban el centenar. Los jinetes, el elemento decisivo, eran alrededor de ochenta; montaban caballos casi todos «nacidos en el Perú, de la casta de los mejores de Castilla». Dieron excelente resultado, en muy difíciles circunstancias.

No cabe olvidar, sin embargo, y aunque muchos contemporáneos lo hicieran en sus escritos, que, en palabras de Tito Cussi Yupanqui, Inca, «muchas gentes de indios favorecían a los españoles», en torno a un millar, en Cuzco, sobre todo chachapoyas y cañaris. En las siguientes semanas se harían imprescindibles, como combatientes y aportando preciosa información, y víveres, así como hierbas medicinales para curar a los heridos. También es preciso mencionar a los esclavos negros, muy sensibles al frío de aquellas elevadas alturas, y que muchas veces acompañaban a sus amos en las refriegas.

Enríquez, más por su noble origen que por su escasa experiencia guerrera, fue nombrado maestre de campo, pero parece que no tuvo un papel muy relevante. Los verdaderos jefes de la resistencia fueron Hernando Pizarro y sus dos hermanos que estaban allí, Gonzalo y Juan.

La muchedumbre de enemigos dio un primer asalto a la ciudad, conquistando gran parte de ella, prendiendo fuego con flechas incendiarias a las techumbres de paja de los edificios y obligando a los defensores a replegarse a unas pocas casas en torno a la plaza, donde se hicieron fuertes.

El subsiguiente asedio duró meses y atravesó varias fases, de las que la más peligrosa fue la primera.

Ciertamente, los españoles, con su equipamiento, sus caballos, arcabuces, ballestas tenían una inconmensurable ventaja sobre los indios, pero estos eran temibles adversarios. Aunque carecían de lo que se llamaba «armas defensivas», esto es, elementos protectores, contaban con macanas, hachas, porras, lanzas, flechas y «ayllos, tres piedras redondas,

metidas y cosidas en unos cueros, a manera de bolsas», con las que trababan los pies y las manos de las monturas, haciéndolas caer. Los manejaban con tanta habilidad, que con ellas derribaban un venado en plena carrera. Aún más peligrosas eran las hondas, «que, en verdad, son poco menos que un arcabuz», y podían matar a un hombre o a su cabalgadura.

Más adelante, a medida que la sublevación se extendió, se hicieron con armas de los españoles y fue posible ver «a muchos indios, con espadas, rodelas, y alabardas, y algunos a caballo, con sus lanzas». Prisioneros cogidos refinaban pólvora para ellos y les enseñaron los rudimentos del uso del arcabuz, aunque parece que no los atacaban bien, de forma que las pelotas salían sin fuerza, con un alcance mínimo.

También eran maestros en cavar «grandes e infinitos hoyos con estacas hincadas dentro, tapadas con paja y con tierra» y que podían ser letales para los caballos. Tanto, que los de Pizarro llegaron «a tapar los hoyos con los mismos indios que matábamos».

Por último, mostraban un enorme valor. Fueron varios los españoles que, al cargar contra sus enemigos, vieron que aguantaban a pie firme y, con las manos, les arrebataban las lanzas. Se cuenta de uno que llegó a desarmar así a dos jinetes, sucesivamente. Al final fue muerto, parece que para gran disgusto de Gonzalo, al que había puesto en apuros, pero que hubiese deseado que se respetase la vida de hombre tan corajudo.

De otro lado, los españoles también tenían limitaciones. Por ejemplo, en Cuzco carecieron de médicos y de cirujanos, mientras que en Perú había escasez de auténticas celadas borgoñonas, por lo que hubo que improvisarlas, con resultados a veces mediocres, poniendo baberas postizas a los morriones de infantería, con el fin de proteger la boca, la mandíbula y la barbilla. Asimismo, a falta de metales más adecuados, se hicieron corazas de plata y de bronce, utilizándose este último para herraduras y para clavos, que no siempre tenían la deseada consistencia.

Los combates se sucedieron día tras día, acompañados del estruendo de «muchos chiflos, y bocinas, y trompetas, y gran griterío de voces», que no cesaba durante la noche; «nos venían cada luna a tentar las corazas», diría don Alonso. Todo ello sometía a los defensores a un esfuerzo agotador, sin permitirles quitarse las piezas de armadura ni descansar, robándoles el sueño, siempre junto a sus caballos, ensillados y embridados. A ello habría que añadir una espantosa incertidumbre; incomunicados, y sin informaciones fidedignas, ignoraban lo que estaba sucediendo en el resto del país, llegando a pensar que todos sus compatriotas habían sido muer-



Batalla entre incas y conquistadores, dibujo de la Nueva corónica y buen gobierno (1615) de F. Guamán Poma de Ayala, Det Kongelige Bibliotek, Copenhague. Los indígenas, leales a la Corona, se enfrentan al encomendero rebelde Hernández Girón.

tos y que solo quedaban ellos, abandonados en aquellas inmensidades y rodeados de tal forma «que no se divisaba cosa alguna en aquel circuito que no estuviese cubierta de indios». De ahí que hubo momentos «que no nos teníamos a nosotros mismos por vivos».

Hernando se dio cuenta de que la situación era insostenible y que había que recuperar la iniciativa, siguiendo la sistemática táctica de los españoles, de atacar siempre, «por no dar a los indios ocasión de soberbia». Escogió el objetivo más evidente, la fortaleza de Sacsayhuamán, que, desde un alto, dominaba la ciudad y que al principio del sitio había sido arrebatada por los atacantes a los indios aliados. Se trataba de un obstáculo formidable, hecho de piedras ciclópeas, «tan juntas unas con otras, y tan bien encajadas, que una punta de alfiler no se pudiera meter por las juntas». Pero, aun así, y como afirmó, «era necesario perder la vida o ganar la fortaleza».

Dirigió el asalto nocturno su hermano Juan, que solicitó ese honor por considerarse culpable de la pérdida, ya que había infravalorado la importancia de aquel punto. Lo emprendió sin celada, porque una herida recibida en la cabeza días antes le impedía ponérsela, con tan mala suerte que una pedrada le alcanzó en ella. La agonía duró dos semanas, al final de las cuales falleció. Tenía 25 años y 200 000 ducados de patrimonio.

Hernando en persona ocupó su lugar. A lo largo de los seis días siguientes se peleó sin tregua, bajo una lluvia de flechas y de piedras, hasta que a los defensores se les acabaron los proyectiles y, según algún cronista, también el agua. Para entonces, muchos de los indios, desmoralizados, se arrojaban de lo alto de los muros, para escapar o morir en el intento. El asalto final, ya ganadas dos puertas fortificadas, se hizo por escalada, y por diversos lugares, de forma que los de Manco Inca no podían acudir a todos.

Con la fortaleza ya condenada, causó general admiración el comportamiento de un capitán, que quedó a cargo de la resistencia en uno de los dos cubos que faltaban por conquistar. Con una adarga y una porra en una mano, y una espada en la otra, y un morrión en la cabeza —armas arrebatadas a los españoles— se multiplicaba, animando a sus hombres a enfrentarse a los asaltantes, y matando a los que pretendían huir. Al cabo, acorralado, se cubrió con una manta y se lanzó al vacío. No hubo español que no alabara su desesperada lucha, comparándole con un león, y, lo que en la época era aún más laudatorio, con un romano.

Caída Sacsayhuamán, el cerco aflojó, a los diecisiete días de iniciado. Miles de indios habían muerto —mil quinientos solo en la fortaleza, cincuenta mil en todo el sitio, se calcula—, sin que hubiesen obtenido



Batalla entre españoles e incas en Cuzco (1596), grabado de Th. de Bry en la Novae novi orbis historiae libri tres de G. Benzoni, Biblioteca Nazionale Marciana, Venecia.

resultados definitivos, y, naturalmente, había un límite a su capacidad de aguantar tal sangría. Eso, a su vez, permitió a los españoles ganar terreno y, con él, les dio la posibilidad de pelear en campo abierto, donde sus caballos eran irresistibles, y de montar expediciones de avituallamiento, de las que regresaron cargados de víveres, porteados por rimeros de indios capturados.

El sitio, aunque menos cerrado que al principio, prosiguió durante largos meses, «pero no con tanta furia». De hecho, las huestes enemigas nunca recuperaron la posibilidad de tomar la ciudad. Contribuyó a ello la deliberada política de terror que impuso Hernando, «para poner escarmiento». Como los ejércitos incaicos iban acompañados de mujeres que transportaban las ollas y los alimentos, y los cocinaban, mandó matar a todas las que se cogiesen; de esa forma, interrumpió la cadena logística del enemigo. Así, los guerreros, faltos de bastimentos, y que, además, tenían que atender a sus sementeras, no pudieron mantener un esfuerzo sostenido. También, en una ocasión, Gonzalo ordenó cortar la

mano derecha a doscientos prisioneros y devolverlos, mutilados, a sus campamentos, para sembrar la consternación.

Por otra parte, desde el 8 de septiembre, a los cinco meses de cerco, se habían disipado las dudas en torno a la situación más allá de Cuzco. Ese día, en un encuentro, los indios que huían dejaron tras de sí varias bolsas; una, contenía las cabezas de cinco españoles, las otras, numerosas cartas, que revelaron que Francisco Pizarro no solo seguía controlando Lima, sino que había mandado varias expediciones de socorro. Incidentalmente, contenían información de la victoria de Carlos V en Túnez, lo que no dejaría de animar a los ansiosos lectores.

En efecto, la Ciudad de los Reyes, como se llamaba a la capital peruana, había sido atacada durante casi una semana, pero nunca llegó a haber verdadero peligro de que se perdiera, por estar situada en terreno llano, lo que daba gran libertad de maniobra a los caballos, y por ser muchos de los agresores serranos que se adaptaban mal al clima de la costa.

Por lo que respecta a las columnas de auxilio, se habían enviado varias, pero todas fueron aniquiladas en el camino. Según indios capturados, a los que torturaron los de Hernando, Manco Inca tenía en su cuartel general las cabezas de doscientos españoles, y los cueros de ciento cincuenta caballos, fruto de esas victorias. Las cifras, aún tan elevadas, no abarcaban la realidad. Parece que las bajas de europeos se situaron en torno a las cuatrocientas setenta, a las que se tendrían que añadir otros trescientos muertos, de los que estaban «desparramados» por el país.

Muchos de ellos cayeron en combate, pero otros fallecieron de forma atroz, empalados. No fue mejor la suerte de los indios aliados que eran capturados, a los que, si no eran ejecutados en el acto, se les cortaban las manos, o las narices, o se les cegaba.

Almagro

A finales de 1536, los prisioneros cogidos por la guarnición de Cuzco empezaron a hacer referencias, inicialmente imprecisas, a movimientos que terminaron por desembocar en una serie de sangrientas guerras civiles.

De un lado, en noviembre, Alonso de Alvarado había salido de Lima al frente de un poderoso contingente en auxilio de los asediados.

De otro, desde el lejano sur, llegaban rumores de que el adelantado Diego de Almagro había emprendido el regreso de su fracasado intento de conquista de Chile, comenzado en julio del año anterior. Todo en él fue una larga pesadilla. A la ida, eligió el camino de los Andes; a la vuelta, el «despoblado e infernal» de la costa, por el desierto de Atacama. Si en

el primero hubo más nieves, fríos y hielos de lo que fuera menester, en el segundo sobraron arenas, calores y falta de agua. En el empeño perecieron unos doscientos españoles, además de decenas de negros y de miles de indios aliados, capitaneados por Paullu, hermano de Manco, hombre «de buen seso». Para mayor desesperación, los habitantes que encontraron eran «gente pobre y salvaje», que ni sabía «qué cosa es oro, ni plata».

Tras haber llegado «cerca de la fin del mundo», volvía derrengada y diezmada la fuerza, que había sido «la flor de las Indias». Los supervivientes, muchos con las manos y los pies helados, o cegados por la nieve, «vestidos y calzados de mantas y ropa de la tierra», «afligidos y desfigurados», eran apenas tambaleantes espectros. A algunos, como Orgóñez, el jefe militar de mayor confianza del adelantado, un curtido veterano de las guerras de Italia, alférez en el saco de Roma, por el frío «se le cayeron las uñas, y mudó los cueros de todos los dedos».

Fueron varios los motivos que habían empujado a Almagro a tomar la decisión de abandonar la empresa. Uno de ellos, fue su propio fracaso, unido a «la pobreza y poquedad de la tierra de Chile»; otro, levantar el asedio de Cuzco, pero lo cierto es que ya había iniciado su retirada de vuelta a Perú cuando tuvo noticias del mismo.

Pero, quizá, el principal fue un tercero. Cuando Hernando Pizarro viajó a España para anunciar la conquista de Perú y obtener los réditos correspondientes, también llevó una petición de mercedes que hacía Almagro. En la embajada hizo poco caso de la solicitud de este, con quien tenía antigua enemistad —hasta el punto de que le llamó «moro retajado», es decir, circuncidado—, que databa desde que ambos se encontraron en las Indias. No obstante, el 28 de septiembre de 1534, Carlos V otorgó al adelantado la gobernación de 200 leguas de territorio —lo que sería la Nueva Toledo— a contar del límite de las 270 concedidas a Francisco Pizarro, en la Nueva Castilla. La novedad le llegó a Almagro cuando estaba enfangado en su estéril aventura chilena; comparada con ella, la decisión del César le abría un verdadero El Dorado.

Fue una tragedia que la frontera entre ambos territorios quedase mal definida, lo que abrió la disputa acerca de si debía establecerse siguiendo la línea de la costa, por el camino más recto o «por el aire». No era eso todo; la delimitación requería conocimientos para «tomar el altura y grados» que solo los pilotos poseían, y estos mantenían criterios diferentes.

La gran duda era en cuál de las dos gobernaciones se situaba «la famosa y gran Ciudad de Cuzco». Para los Pizarro, se hallaba en sus dominios; para Almagro, en los que le correspondían a él.

De ahí que, cuando se acercó a la ciudad, en abril de 1537, reclamando sus pretendidos derechos, Hernando se negó a reconocerlos. Hubo conversaciones y se firmaron treguas, condicionadas a que ninguno de los bandos alterase el *statu quo* con medidas militares, lo que parece que Pizarro incumplió.

En esa tesitura, Alonso Enríquez reaparece en la historia. No había destacado en el asedio; ni él mismo lo pretendió, pese a su considerable vanidad. Debió, sí, de cumplir con su deber; narra, al respecto, un combate con un indio, que le logró arrebatar la lanza y cómo le salvó un compañero, que acudió en su ayuda. Ahora, la crónica le presenta paseando por Cuzco con Hernando, a quien un español recriminó por su falta de respeto a los pactos. La respuesta que obtuvo, fue que «a un traidor como ese —refiriéndose a Almagro—, ha de haber dos alevosos, como don Alonso y yo». Era una broma, sin duda, y Enríquez, inocente, pero había algo de verdad, porque, a espaldas de Pizarro, se había puesto ya en comunicación con su rival; por algo se le consideraba «hombre de grandes mañas».

Esa misma noche del 8 al 9, «muy oscura y lluviosa», los de Almagro entraron por la fuerza en la ciudad y, tras un breve combate, con solo un muerto por bando, capturaron a Hernando y a Gonzalo. Para conseguirlo —se defendieron como fieras, espada en mano—, tuvieron que prender fuego a su alojamiento. Por el contrario, en lo que a él se refiere, don Alonso cuenta que el vencedor «me abrazó y recibió como hijo».

A partir de entonces, Enríquez desempeñó un papel importante como asesor, cerca del adelantado. Era algo que, de nuevo, debía exclusivamente a su noble cuna, más que a su experiencia como político, de la que carecía.

Entre una colectividad formada mayoritariamente por hijos de la gleba, su nacimiento y su educación le garantizaban un puesto privilegiado, al margen de sus conocimientos técnicos. Por eso, el día anterior, el cabildo había recabado su opinión, cuando se reunió con objeto de dictaminar acerca de los documentos presentados por Almagro para respaldar sus pretensiones a la gobernación. En aquella ocasión, la asamblea evitó emitir un juicio definitivo, quizá por la amenazadora presencia de Hernando Pizarro; pero ahora, con este encarcelado, y con el adelantado dueño de la ciudad, no vaciló en ordenar que su secretario, con un pregonero en las ancas de su caballo, vocease por las calles la real cédula, procamándole como gobernador. Resulta curioso, y es una prueba más del valor simbólico de su prestigio, que uno de los testigos que se pronunció a favor de los derechos de Almagro jurara sobre la roja cruz de Santiago que adornaba las ropas de Enríquez.

El adelantado tuvo poco tiempo para gozar de su cargo. Unos meses después, en julio, se presentó Alvarado ante Cuzco con un fuerte contingente de en torno a los quinientos hombres, cifra parecida a los efectivos de Almagro, a los que había que añadir varios miles de indios huancas como aliados. El enorme retraso con que llegó, desde su salida de Lima, en noviembre, se debió a la despiadada labor de «pacificación» que había desarrollado en las regiones intermedias entre ambos puntos.

Don Alonso fue enviado, junto con otras personalidades, para intentar obtener el reconocimiento de los títulos de Almagro, pero el capitán de Pizarro les aprisionó, sin escucharlos apenas. Era un paso más hacia la guerra civil.

Ante esa reacción, los almagristas no vacilaron; precedidos por los indios de Paullu, se lanzaron al ataque, dirigidos por Rodrigo Orgoños u Orgóñez. Dado que entonces «no se tenía en tan poco matar los hombres», como sucedió más adelante, en el choque hubo pocas bajas de españoles, aunque parece que entre los indios de ambos bandos se produjo una carnicería. Derrotado, Alvarado fue enviado a hacer compañía a Hernando y a Gonzalo, y sus soldados, como ya habían hecho los pizarristas, se incorporaron a las filas de Almagro.

Fue esta una de las características más lamentables de aquellas tristes guerras civiles, carentes de todo sustrato ideológico. Los hombres se entremataron, simplemente, por codicia. Lo que estaba en juego no eran grandes valores, sino los repartimientos de indios, en una innoble rebatía, en el que cada español intentaba obtener los más posibles, para que trabajaran para él. Con esa exclusiva finalidad, dice con pena Cieza, «no ha habido en el mundo gentes que tan cruelmente siguiesen» las guerras, exterminándose entre sí.

Con la victoria de los suyos, Enríquez salió de sus prisiones, «riéndose mucho [sus libertadores] con lo que oían a don Alonso», no se sabe si por su natural gracejo, o por el miedo que había pasado, ya que los pizarristas «le trataron muy mal, tirándole muchas veces de la cadena y amenazándolo que le habían de matar». En todo caso, el cautiverio no había bastado para neutralizarle, ni para mitigar su afición a la intriga; al contrario, durante el mismo, «hízose gran predicador», sembrando la discordia en el campamento de Alvarado.

Tras el triunfo, sea por consolidarse en Nueva Toledo, sea por agradecer los servicios prestados, Almagro impuso a Paullu la borla de Inca. Era este símbolo real «rojo, tan fino como un excelentísimo carmesí», con flecos que cubrían las cejas y los párpados, de forma que su

poseedor, para ver bien, tenía que alzar la barbilla, lo que le confería un aire majestuoso.

Ya asentado en el poder, el adelantado envió a Orgóñez en una expedición contra Manco, como ya había intentado, sin éxito, Hernando, que volvió «descalabrado» por un diluvio de galgas —«unas piedras grandes que arrojan desde lo alto, y que vienen rodando con gran furia»— tras un asalto a su refugio en Tambo, en un lugar «tan fortalecido que daba grima». No tuvo mejor suerte el almagrista; expulsó al Inca de su refugio en Amaybamba y le fue acosando de valle en valle, hasta que tuvo que abandonar «sus ricas andas» y «las pintadas y delgadas hamacas», pero logró zafarse a pie, adentrándose en sierras «donde los caballos no podían subir ni pelear».

Pizarro

Mientras esos acontecimientos sucedían, Francisco Pizarro había recibido en Lima grandes refuerzos, procedentes de Nueva España, Panamá y Nicaragua, para hacer frente al alzamiento indígena. Preocupado por la suerte de Cuzco y de sus hermanos, al frente de un ejército se encaminó hacia la sierra. Su acelerada marcha fue marcada por rasgos de crueldad; muchos indios que transportaban el bagaje —el «fardaje»— y que cayeron agotados, fueron decapitados, para no perder tiempo en soltarles de las cadenas que los unían entre sí; a su paso, los valles quedaron despoblados y arruinados. Por cierto, se ha dicho que los mismos métodos emplearon los almagristas a su vuelta de Chile.

Cuando estaba en Nasca, en agosto, recibió nuevas de Alvarado acerca de la ocupación de la ciudad por Almagro y del encarcelamiento de Hernando y Gonzalo. Antes de llegar a un rompimiento definitivo, se replegó a Lima y despachó embajadores, para sondear la posibilidad de un acuerdo pacífico, que no llegó a concretarse, porque el 15 de septiembre, el adelantado se puso en marcha hacia la costa. Llevó consigo a Hernando, «preso y sin espuelas», tan desesperado, que se dice que se cortó las barbas con un cuchillo. Dejó tras de sí, encarcelados, a Gonzalo y a Alvarado, que, sin embargo, lograron escaparse el 23, acompañados de unas decenas de partidarios suyos, cómplices en la fuga.

El propósito de Almagro era llegar a un puerto, para remitir a España a Hernando y a todo el oro del quinto real que se había recaudado. Llegó hasta el valle de Chíncha, donde fundó, el 1 de octubre, una ciudad a la que puso el nombre de la villa manchega donde había nacido.



Retrato imaginario de Francisco Pizarro, grabado de A. Thevet, Österreichische Nationalbibliothek, Viena. Un cronista coetáneo lo describió como «alto, seco, de buen rostro, la barba rala».

Enríquez le acompañaba, como uno de sus más íntimos asesores. Parece que, en todo momento, trabajó para evitar una ruptura, en lo que disintió del arriscado Orgóñez, que había sugerido desde un asalto a Lima, hasta la ejecución de Hernando, con el argumento de que convenía «echarle del Mundo», para que Almagro pudiera «con su muerte, asegurarse su vida».

Por el momento, prevaleció la negociación, aunque puede dudarse mucho si Francisco Pizarro actuó de buena voluntad, o por el

deseo de lograr la libertad de su hermano. Don Alonso participó en el proceso, lo que le valió algún susto. Siempre pusilánime, en una ocasión en que fue detenido por una guardia pizarrista, «se le demudó» la color, «creyéndose que lo habían de matar», lo que le valió chanzas por su acreditada cobardía.

Tras reuniones entre representantes de ambas partes, se decidió que los dos conquistadores se reunieran en Mala, a mitad de camino de sus respectivos reales.

A no ser por el dramatismo de la situación, hubiera sido patético ese encuentro entre un hombre «muy viejo y cansado», y un «viejo tuerto», como se definieron a sí mismos, respectivamente, Pizarro y Almagro, al que, además de ser «de pequeño cuerpo, feo de rostro», faltaban «ciertos dedos». Es muy posible que ambos acudieran de mala fe, ya que, por entonces, lo afirma el cronista Pedro Pizarro, «estaban ya muy emponzoñados». En efecto, su antigua «hermanable hermandad» había quedado enterrada por los acontecimientos, hasta el punto de que Gonzalo llegó a tender una emboscada para capturar al adelantado. Se libró porque fue avisado a tiempo, pero, naturalmente, la reunión terminó en un fracaso.

Quizá, a pesar de todo, hubiera sido posible una reconciliación, como ambos lo habían logrado en anteriores ocasiones, pero los dos se hallaban sometidos a la presión de «ministros de la discordia», bien interesados en fomentar una guerra, para acceder a repartimientos de indios, bien movidos por odios personales, como era muy claramente el caso de Alvarado y, sobre todo, de los hermanos de Francisco. En especial, «revolvió todo» Hernando, que era quien «guía la danza, como hombre desahuciado de la divina clemencia», anota, rencoroso, don Alonso.

Figuraba también en ellos el provincial de los mercedarios, fray Francisco de Bobadilla, que ambas partes acabaron por aceptar como juez único, lo que fue gran ingenuidad por parte de Almagro. Borregán no es el único cronista que afirma que estaba sobornado por los Pizarro.

Sea como fuere, a mediados de noviembre dictó su sentencia, completamente favorable para estos. Por entonces, el adelantado había puesto en libertad a Hernando, como gesto de buena voluntad, siendo Enríquez, en su papel de «medianero», uno de los escogidos para acompañarle a Lima.

Almagro se quedó así sin cartas que jugar, mientras que Francisco, de vuelta a la Ciudad de los Reyes, ya recuperada así la plena capacidad de acción, lanzaba contra él a su recién recuperado hermano.

Escogiendo rehuir combate, el precario gobernador de la Nueva Toledo se adentró en la sierra. Tuvo oportunidad de revolversse contra

sus perseguidores, como le aconsejó Orgóñez, dado que muchos de estos, refuerzos recién llegados al Perú, y no acostumbrados a las alturas, sufrieron el efecto del soroche; atacados de «grandes congojas, arcadas y vómitos», «desvanecidos de las cabezas», «estaban desatinados». La explicación que se daba a este fenómeno era que «por ser el aire tan delgado, penetra hasta las entrañas».

Almagro, que quizá por sus achaques parece que había perdido su proverbial energía, dejó pasar la ocasión. El continuo repliegue le costó caro a don Alonso, porque se despeñó en unos de los vertiginosos barrancos que bordean aquellos senderos. Su caballo se mató y él se rompió el brazo izquierdo y sufrió heridas en una pierna y en la cabeza. A falta de algo mejor, le curaron con jirones de mantel empapados en orines y le entablillaron con unas cañas. No extraña que, como escribió, quedara «muy malsano».

Ante el incesante acoso, el adelantado decidió concentrar sus tropas y así mandó llamar a su teniente de capitán general en Cuzco, Diego de Alvarado —«un caballero muy caballero», uno de los pocos dignos de ese nombre en todos esos sucesos— para que fuera a reunírsele con cuatrocientos soldados. Le sustituyó, el 10 de febrero de 1538, y con el mismo título, Enríquez, una prueba más de la confianza que depositaba en él Almagro, y también de consideración, porque allí se podría recuperar mejor de su tremenda caída.

El crimen de don Hernando

Durante las siguientes semanas, ambos bandos continuaron manio-brando hasta que, el 6 de abril, se encontraron frente a frente en Las Salinas, a media hora de Cuzco. Como siempre, hay discrepancias en cuanto a sus respectivos efectivos, pero puede estimarse que los almagristas, distinguibles por la camisa blanca que llevaban, sumaban unos quinientos hombres, de los cuales casi la mitad eran de caballería; Hernando, por su parte, alineó algo más de setecientos, con por encima de trescientos jinetes. Pero la diferencia más notable era que los primeros tenían pocos arcabuceros y, en cambio, eran «muchos los de sus contrarios, que fueron los que destruyeron y vencieron», y eso que «en este tiempo no los había en este reino como ahora», se escribía en 1571. Estaban, además, dirigidos por Pedro de Vergara, un veterano que había llegado con «una gran banda» de ellos.

A esa ventaja se añadían las muy diferentes condiciones de los respectivos jefes. Hernando, se presentó a caballo, vestido de color ana-

ranjado, y con una larga pluma blanca en el yelmo, para hacerse más visible. No solo eso, sino que mandó un mensaje a sus contrarios, informándoles de su atavío, para que le pudieran identificar fácilmente. Almagro, en cambio, cada vez más enfermo, y llevado en andas, se situó a retaguardia; el mando efectivo de sus tropas recayó en Orgóñez. Don Alonso quedó en la ciudad.

El combate empezó, como era frecuente, con una empeñada escaramuza entre los indios de ambos lados, con Paullu en cabeza de seis mil de los suyos, pero en el choque decisivo intervinieron solo españoles.

Tuvo un papel destacado en él Pedro de Vergara que, al parecer recurriendo a una táctica aprendida en los Países Bajos, ordenó a sus mangas de arcabuceros que disparasen pelotas enramadas contra el escuadrón de los infantes contrarios. Consistían estas en proyectiles cortados en dos mitades, unidas por un alambre, de forma que, al salir de la boca de fuego, se abrían. Con este ingenio, común en la artillería, lograron segar suficientes picas enemigas como para debilitar la formación.

Orgóñez, al ver a su infantería así capitidismuinida, dio una carga desesperada, en la que le siguieron muy pocos y de la que «sacó un peón en la punta de la lanza, y un arcabuzazo en la cabeza, y otro en un muslo». De su lado, Hernando trabó duelo singular con uno de los campeones almagristas, Pedro de Lerma, que, guiado por su vistosa indumentaria, se dirigió contra él. El encontronazo, de poder a poder, fue tremendo y ambos rompieron sus lanzas como buenos. Lerma, atravesada la coracina y la cota, cayó por tierra, gravemente herido en el muslo, mientras que Hernando lo fue solo de forma leve en el vientre, aunque también rodó por el suelo, porque su montura fue derribada por el ímpetu de la otra.

Hubo, además, un combate general de la caballería, pero de los almagristas «arremetieron pocos y mal ordenados, y fueron desbaratados», mientras que la arcabucería contraria siguió demoliendo a los piqueros.

Pronto, los del adelantado, que habían dado muestras de poca agresividad desde el principio, empezaron a dispersarse. Empezó entonces el temible «alcance», la persecución, que fue despiadada. Si en la batalla murieron apenas unas veintenas de almagristas, en la posterior caza cayeron en torno a doscientos, sin contar aquellos a quienes rajaron la cara a cuchilladas, como baldón. Tan inmisericorde fue que, años más tarde, cuando Hernando dictó en 1557 el testamento que ha descubierto Mira Caballos, dejó una manda de cien misas por las ánimas de los muertos ese día. Quizá le acosaban sus fantasmas.

Orgóñez, incapacitado por las heridas, fue decapitado en el acto y su cabeza exhibida en la picota. Nunca sabría que, ese mismo día, Carlos V le había nombrado mariscal de la Nueva Toledo. El bizarro Lerma fue asesinado después, en la cama en que yacía, incapacitado para defenderse. Era solo el anuncio de futuras crueldades.

Al ver el cariz que tomaba el combate, Almagro trotó en una mula a refugiarse en Sacsayhuamán, donde fue hecho prisionero, al igual que Enríquez, que esa noche fue torturado por cinco arcabuceros para arrancarle una cantidad de dinero. Le atormentaron con las cuerdas, «hasta hacerle saltar la sangre por las uñas» y le sometieron a un simulacro de ejecución, pero no está claro si consiguieron lo que querían. Se dice que, amedrentado, «les hacía muchas reverencias».

Al día siguiente, Hernando perdonó a don Alonso sus actividades en favor del adelantado, aunque él mismo reconoce que merecía recibir la muerte, por lo que había «hecho y dicho contra él». Dos meses más tarde, fue objeto de un asalto, a medianoche, por parte de varios espadachines, del que salió con algunas heridas. De momento, escribió que Hernando nada tuvo que ver con ello, pero, con su característica doblez, pasado el tiempo, le acusó de haber organizado el atentado y manifestó que fueron tales las heridas que sus adversarios lo dieron por muerto.

Lo que parece cierto es que en esa ocasión dio una prueba más de su cobardía, huyendo y abandonando a un amigo que salió en su defensa cuando fue atacado. Para justificarse, dijo que «determinó dejarle solo porque él solo ganase la honra» de batirse contra tantos.

Entretanto, Hernando había decidido resolver el problema que era Almagro. Le abrió «un proceso a la soldadesca», sin la menor garantía jurídica. A resultas de él, fue sentenciado a muerte; «por evitar el escándalo», el 8 de julio de 1538, se le ejecutó a garrote vil en su celda. Luego, su cuerpo fue arrastrado a la plaza y expuesto en la picota. En honor de Enríquez, hay que señalar que hizo lo posible por salvarle la vida; en premio a su lealtad fue nombrado albacea testamentario. Los partidarios del adelantado quedaron tan amedrentados, que, a falta de voluntarios, el hermano de Pizarro, «con un gran sombrero» calado, fue uno de los que llevó el ataúd.

Pero don Alonso, cuando convenía, tenía la memoria corta; por entonces, anotó: «nos hemos hecho amigos el dicho Hernando Pizarro y yo, porque este es vivo, y, el otro, es muerto, y es muy ruin conversación con muertos». Era el mismo cinismo que le había hecho comentar de sus parientes: «los unos son muy poderosos, y los otros muy flacos, y los primeros no me quieren conocer, ni yo a los segundos».

«EL VENCIDO, VENCIDO, Y EL VENCEDOR, PERDIDO»

Como es lógico, a medida que se sucedían los luctuosos acontecimientos que enlutaban a Perú, fueron llegando a la Corte noticias de ellos. Muchas no eran fiables, pero bastaron para que se emitiera una fulminante orden decretando el regreso de Enríquez a España, para ser juzgado como promotor de los disturbios. En junio de 1539 emprendió el viaje de vuelta, que, al menos en parte, hizo con Hernando, ansioso por justificar sus actos.

Tan pronto como llegó a Madrid fue preso y sometido a un largo juicio; en febrero de 1541, su inocencia se perfilaba de tal manera que se le dio la ciudad entera por cárcel y, al poco, se le permitió marchar a Sevilla. La sentencia, absolutoria en los cargos principales, se dictó en febrero de 1544. A partir de entonces, reconocería que «necesidad de honra, ni de hacienda, no tengo», merced a las riquezas que había acumulado en Indias.

En paralelo con su proceso, se había abierto otro en España contra Hernando. No fue posible hacerlo en Perú, porque los Pizarro eran «señores de todo», «no había quien los contradijese» y resultó imposible encontrar testigos contra ellos, ni escribanos que se prestasen a iniciar una acción legal. Era tal su prepotencia, que Francisco llegó a espetar que «su gobernación no tenía término, y llegaba hasta Flandes».

Sin embargo, uno de los más íntimos colaboradores de Almagro, Diego Núñez de Mercado, logró salir «con disimulación» y llegar a la Corte, donde presentó sus acusaciones, que fueron atendidas. Le siguió, entre otros, Diego de Alvarado, que, exasperado por la duración del subsiguiente proceso, llegó a proponer, en mayo de 1543, que se le autorizara a batirse en duelo —«con una espada y capa»— con Hernando, para dirimir la cuestión. Cinco días después, apareció muerto, con sospechas de envenenamiento.

El 10 de junio, el hermano de Pizarro ingresó preso en el castillo de la Mota. Permaneció allí casi veinte años, aunque con la suficiente libertad para procrear hijos de dos mujeres distintas, con una de las cuales, su sobrina, se casó. Liberado, y con una enorme fortuna —espléndidamente estudiada por Varón Gabai—, falleció en 1578. Parte de ella era heredada de sus hermanos, muertos todos a mano airada. Las guerras civiles de Perú fueron, en efecto, y para ambos bandos, tal baño de sangre que las palabras que encabezan este epígrafe parecen plenamente justificadas. Se atribuyeron al licenciado Gaspar de Espinosa, pizarrista.

Enríquez no permaneció ajeno al procedimiento judicial; envió al Consejo Real dos venenosos escritos, plagados de acusaciones contra Hernando. En uno de ellos, de 23 de mayo de 1545, pedía que se le decapitara y se hicieran cuartos de su cadáver.

Siempre fiel a sí mismo, continuó envuelto en reyertas. En una, en Jaén, golpeó con una perdiz escabechada a un hombre en la cara, sacando a cambio una cuchillada. En otra, furioso con un barquero, porque creyó que le había cobrado de más, le dio una paliza, eso sí, con la ayuda de sus criados; luego, no satisfecho, cometió la bajeza de matarle una yegua, seguramente la propiedad de más valor que tenía.

Carlos V quizá estaba informado de estos y otros incidentes, como los que llevaron a Enríquez a un breve periodo de cárcel y a sufrir multas. En todo caso, parece que tenía bien tomada la medida del personaje. De ahí que le preocupara la incipiente amistad que había trabado con su hijo don Felipe, al que Enríquez retrata como «muy lindo de rostro, aunque mediano de cuerpo, sabio» y, añade, lo que contrasta con la imagen del futuro monarca, «muy gracioso». Se entiende que al emperador no le gustase esa relación con aquel hombre «de livianos cascos», «regocijado y bullicioso», de conocida doblez y cobardía, y que pensase que su heredero «es más amigo de este género de gentes de lo que sería menester».

Por su parte, don Alonso, aunque declarado inocente por el tribunal que lo juzgó, estaba dolido porque este había dispuesto que «no volviese a al Perú sin licencia de Su Majestad», y deseaba regresar allí «a gozar de mis cosas y lugares y hacienda». A la vista de ello, decidió presentarse ante el emperador, que entonces se hallaba en Alemania, para «informarle de mi verdad» y disipar sus recelos sobre las acusaciones que se habían formulado contra él.

Emprendió pues el viaje bien pertrechado, «en un caballo español, y un rocín, y una acémila cargada con ropa de vestir y otros aderezos de su persona». Llevaba «en cosas de oro y plata labrada seiscientos ducados y doscientos escudos para su gasto». Más importante, era portador de «una carta del príncipe nuestro señor para su padre en mi favor de su propia mano y letra». Se trataba, asegura, de «la primera que por nadie escribió después de que nació».

«EL DÍA DEL JUICIO»

A fines de febrero de 1547 estaba en Ulm, donde se unió al séquito de Carlos V. Cuenta que lo encontró tan trabajado por la gota que viajaba en litera, y que en las poblaciones que atravesaba se creía que «iba muer-



La batalla de Mühlberg, el 24 de abril de 1547 (1547), grabado de E. Vico, Wien Museum. La estampa muestra el cruce del río Elba por las tropas imperiales ante la defensa de las fuerzas del elector de Sajonia.

to y embalsamado». No se separaría del César en las siguientes semanas, lo que le permitió asistir a la batalla de Mühlberg.

La descripción que hace de ella no añade nada nuevo a lo que se sabe de tan conocido combate, pero sí aporta una visión muy interesante sobre la cúpula española en el curso del mismo.

Dice que en la mañana del 24 de abril, las avanzadas imperiales, seguidas inmediatamente por don Carlos y el duque de Alba, llegaron a orillas del Elba, desde donde divisaron al ejército del duque Juan Federico I de Sajonia desplegado en la margen opuesta. Enseguida se presentaron los arcabuceros de la vanguardia española, que protagonizaron el famoso episodio de la lucha por las barcas enemigas. Se trabó con este motivo un recio encuentro, «que parecía el Día del Juicio, en temor y ruido y escándalo y humo y polvo, fuego y agua». Comenta que, prudente, «yo estaba mucho más atrás, y no con poco miedo». En cambio, el emperador, vestida la armadura «como buen soldado», a pesar de sus dolencias, «andaba alegre» en medio del tiroteo.

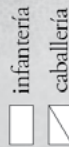
Una vez tomadas las lanchas, el duque comunicó a Carlos V que se había encontrado un vado por el que se proponía pasar, con jinetes «y arcabucería en grupa», mientras se tendía un puente que permitiera cruzar al grueso. No se lo consintió el César, indicando que la caballería ligera española, italiana y borgoñona debía hacerlo antes. Mientras, como estaba de excelente humor, le contó una anécdota chusca sobre el almirante de Castilla, «con la voz delgada» para imitarle.

Por fin, dio su autorización a un Alba impaciente, que antes de partir, exclamó: «¡Por amor de Dios, Vuestra Majestad no cure de pasar, que se mojará mucho y no hay para qué!». Se lanzó luego al agua, que pasaba por «encima de los bastos de las sillas de los caballos grandes alemanes», y al frente de dos mil jinetes marchó en persecución del enemigo que se retiraba apresuradamente. Para entretenerlo y dar tiempo a que llegase la infantería, envió contra él quinientos húngaros montados.

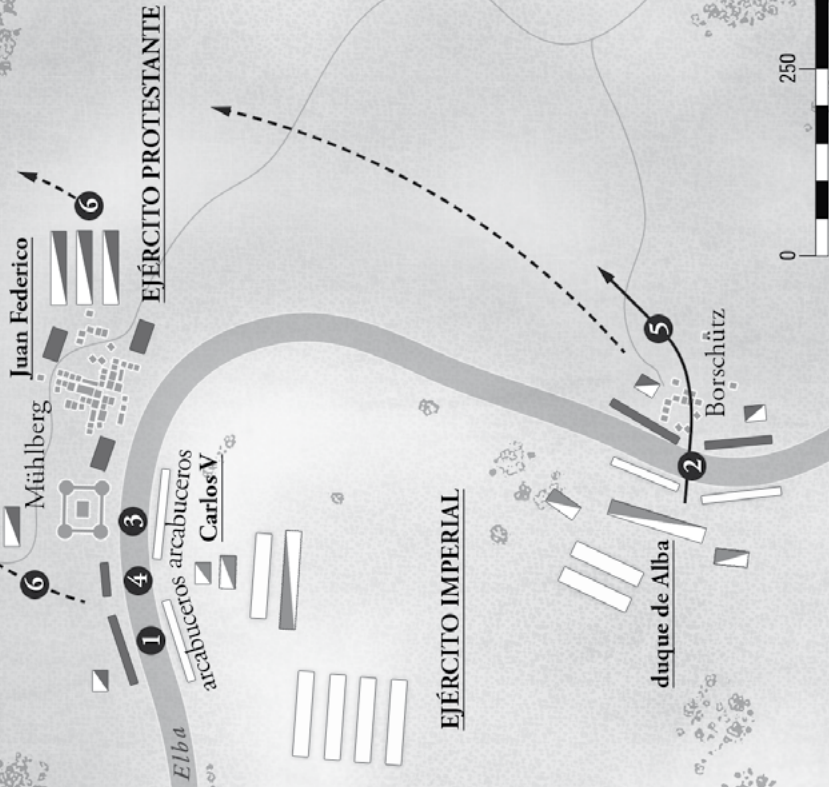
De su lado, Carlos V franqueó el Elba, acompañado de su hermano, el rey de romanos, dos hijos suyos, un lucido contingente de nobleza española y otros dos mil caballos, entre los que iba un tembloroso Enríquez. El emperador se reunió con el duque, que escudriñaba el combate, y, riendo, le cogió el brazo derecho, utilizando para ello las dos manos, por el grosor de la armadura que llevaba el de Alba, y alegremente le reprochó: «en la retaguardia con el bagaje me queríais dejar, ¿día era este, duque, para dejarme con las putas y el bagaje?».

La batalla de Mühlberg

el paso del Elba, 24/IV/1547



- 1 Artillería y arcabuceros de ambos bandos se despliegan en las orillas y se disputan el cauce del río.
- 2 Se intenta atravesar el río por un vado, pero la caballería imperial no puede sostenerse en la otra orilla.
- 3 Arcabuceros españoles entran en el río. A la vista del propio emperador, tratan de apoderarse de unos pontones que se encuentran en la orilla enemiga. Los protestantes retroceden pero prenden fuego a la mayor parte de los pontones.
- 4 Bajo el fuego enemigo, los imperiales comienzan a desplegar un puente de pontones para atravesar el río.
- 5 La presión en el sector del vado termina fructificando. El enemigo es obligado a retroceder y, en consecuencia, las fuerzas imperiales comienzan a atravesar el Elba.
- 6 Juan Federico ordena la retirada, sin embargo comete el error de no dejar en Mühlberg una fuerza de contención.





Detalle de un mural (ca. 1550) atribuido a J. de Goñi y M. de Tarragona en el palacio de Óriz, Navarra. Muestra un grupo de soldados españoles armados con arcabuces y picas en la batalla de Mühlberg.

Una vez más, don Fernando de Toledo le pidió licencia para adelantarse, a reconocer al adversario, y ver si había tiempo para que la infantería se incorporara al combate. Sin embargo, al constatar que los protestantes se hallaban ya desmoralizados, y pese a que «las balas de los arcabuces que cabo [junto a] él daban eran tantas que parecían grani-zo», asestó una segunda carga, cubierta la cabeza solo por una pequeña celada, que no tuvo tiempo de «atar por debajo de la barba». Su resultado fue la total rota de los protestantes, dejando muertos, heridos y prisioneros, entre ellos, el duque de Sajonia, alcanzado en el rostro.

Fue llevado a presencia del César, que, pletórico, bromeaba con su entorno diciendo que, aunque era «viejo de 50 años», aquella era la primera batalla en la que había estado. Antes de su encuentro con el vencido, se le acercó un gentilhomme de la cámara imperial, rogándole que no hiciera con él «lo que nunca habéis hecho con nadie, diciéndole malas palabras».

Pero don Carlos estaba demasiado satisfecho para incurrir en bajezas en aquellos momentos de plenitud. Sin embargo, cuando el de Sajonia se quitó por respeto el bonete «aunque no mucho», él no le correspondió, ante lo cual el alemán, despechado, se volvió a cubrir, diciendo: «Vuestra Majestad me trate como merezco». La respuesta fue agria: «Así lo haré; no solíais llamarme así, sino Carlos de Gante».

Tras recoger los frutos del triunfo, «un rico bagaje, muchos carros cargados de plata labrada y monedas y cadenas de oro, y otras joyas y preseas, muchos estandartes de caballería, y banderas de infantería, y artillería», el ejército se puso en marcha, llevando a los dos jefes protestantes, el landgrave de Hesse y el duque de Sajonia, este un carromato, a causa de su gran volumen, «presos en la infantería española, a la sombra de sus banderas y a son de sus pífanos y tambores». La «gente de honra», ocupada en combatir, no obtuvo nada del pingüe botín, mientras que los hombres de la «baja» «hincheron las manos, y algunos se hicieron ricos, no conociendo a Dios ni al rey, ni el rey y emperador a ellos».

Tuvo tiempo Enríquez para jugar una partida de ajedrez con el sajón, hombre «de cuarenta años, muy alto de cuerpo y muy hermosa persona, muy gordo y bien acondicionado, fuera de sus herejías», que le tomó cinco o seis peones, a cambio de perder solo uno. Al ver el contento de su rival, don Alonso no pudo reprimir su atravesada condición y, mal perdedor, le lanzó: «no os va tan bien con peones para que os holguéis tanto con ellos», en una transparente alusión de pésimo gusto al nada airoso comportamiento que habían tenido los infantes protestantes durante la batalla.

En todo caso, su misión estaba cumplida, ya que había obtenido del emperador licencia para poderse «ir cuando quisiese», con la seguridad que «él se daba por satisfecho de mí».

Enríquez desaparece de la historia ese mismo año de 1547; resulta muy adecuado que la última referencia a él sea con motivo de una riña que había tenido, con intercambio de «cartas injuriosas de desafío». En realidad, con todo su abolengo y su notable patrimonio, no fue más que un pícaro ilustre.

«Sin dejar parte donde las cruces
españolas no hayan sido conocidas».

Diego de Villalobos, 1612

Durante los siglos XVI y XVII, la Monarquía Hispánica erigió, a lo largo y ancho del globo, el mayor imperio habido hasta la fecha sobre la faz de la tierra. Un imperio forjado, a golpe de pica y arcabuz, por sus célebres tercios. Si en *De Pavía a Rocroi* Julio Albi analizaba magistralmente estas formidables unidades que durante siglo y medio dominaron los campos de batalla, *Vidas intrépidas* nos acerca a la historia de los hombres que las componían, desde nobles de ancestrales blasones —y otros que creían serlo— a plebeyos que no tenían qué comer, de los que alcanzaron la cúspide militar a los que nunca pasaron de soldados. Hombres que lucharon en cerrados combates, por mar y tierra, realizaron desembarcos arriesgados, fatigaron los caminos de Europa o los vericuetos de los Andes, se bambolearon en galeones, apostaron un botín a naipes grasientos y a dados trucados, se hacinaron en galeras hediondas, gastaron en perifollos lo que no tenían, naufragaron, montaron guardia en presidios perdidos, pelearon en lupanares dudosos, se amotinaron, coronaron brechas ensangrentadas, disputaron cubiertas resbaladizas, se batieron en callejones sombríos, remaron encadenados a bancos enemigos... o tuvieron la monotonía como su peor enemigo. Sus adversarios, ingleses, franceses, holandeses, incas, turcos, berberiscos y araucanos, fueron tan variados como los escenarios en los que transitaron, el Atlántico, Chile, Inglaterra, el Mediterráneo, Francia, México, Italia, Portugal, Berbería, Irlanda, Flandes. Hay, sin embargo, denominadores comunes: a ninguno, ni siquiera al más cuitado de ellos, le faltó el valor, y todos pasaron sus vidas a un paso de la gloria y de la muerte. Sería inútil buscar aquí paladines de brillante armadura; en las páginas de este libro, que desprenden perfume a bizarría y a pólvora, solo se encuentran hombres, no todos recomendables, con cuyas espadas se forjó un imperio.

ISBN: 978-84-124985-2-3



9 788412 498523

P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**